ble, y obraréis como verdadero rey de concupiscencia.

No va mucho mas léjos lo que os digo, y si no pasais de ahí os perderéis; mas á lo ménos os perderéis como hombre honrado. ¡Cuántos se condenan néciamente por la avaricia, la brutalidad, la corrupcion, la violencia, los arrebatos, las blasfémias! El medio que os propongo sin duda es mas honroso; mas siendo siempre la mayor locura el condenarse, ved aquí porqué es indispensable despreciar la concupiscencia y su reino, y aspirar al de la caridad, donde todos los súbditos solo respiran caridad, y no desean mas bienes sino aquellos que es capaz de producir la caridad. A otros pertenece mostraros el camino: á mí me basta el haberos desviado de las sendas brutales por donde veo que muchas personas de vuestra condicion se dejan arrastrar, ignorando, como ya os he dicho, la verdadera naturaleza de ella.

PENSAMIENTOS

SOBRE

LA RELIGION

Y OTRAS MATERIAS,

QUE ESCRIBIÓ EN FRANCES

BLAS PASCAL,

Aumentados de una Tabla Analítica, y traducidos de la edicion de 1821, que comprende tambien algunos que no se habian publicado.

TOMO II.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

MEJICO: 1834.

Imprenta de Galvan á cargo de M. Arévalo,
Calle de Cadena núm. 2.

Propiedad de Mariano Galvan Rivera.

SEGUNDA PARTE

Que contiene los pensamientos inmediatamente relativos á la Religion.

ARTICULO I.

Contrariedades asombrosas que se hallan en la naturaleza del hombre sobre la verdad, la felicidad, y otras muchas cosas.

1.º—NADA se advierte mas extraño en la naturaleza del hombre, que sus contrariedades respecto de todas las cosas. Hecho para conocer la verdad, la desea con ardor, la busca ansioso; y sin embargo, cuando mas quiere apoderarse de ella se le confunde y desvanece de tal suerte, que se le puede disputar su posesion. De aquí han nacido las dos sectas de los pirrónicos y de los dogmatistas. Aquellos han querido quitarle todo conocimiento de la verdad, éstos asegurársela: mas unos y otros se fundan en razones tan poco verosímiles, que cuando no hay mas guia que la que encuentra el hombre en su naturaleza, solo consiguen aumentar su confusion y su embarazo.

La principal razon de los pirrónicos es que no tenemos ninguna certidumbre de la verdad de los

principios, fuera de la fe y la revelacion, sino en cuanto los sentimos naturalmente en nosotros. Pero este sentimiento natural no es una prueba convincente de su verdad; porque no habiendo certeza, fuera de la fe, de si el hombre ha sido criado por un Dios bueno ó un demonio maléfico, ni de si ha existido siempre ó fué hecho por acaso, está en duda si estos principios se nos han dado verdaderos, ó falsos, ó inciertos, segun nuestro origen. Por otra parte, sin la fe nadie estará seguro de si vela ó duerme, puesto que soñando no se crée ménos firmemente velar que velando en efecto. En un sueño parece que se ven los espacios, las figuras, los movimientos: se siente correr el tiempo, se le mide; en fin, se obra del mismo modo que hallándose despierto. Pasando, pues, en sueño la mitad de nuestra vida, como nosotros mismos lo reconocemos, sin idea alguna de lo verdadero, pues represéntese lo que se quiera entónces no son mas que ilusiones nuestros sentimientos: ¿quién sabe si esta otra mitad de la vida en que creemos velar no es un sueño algo diferente del primero de que despertamos cuando pensamos dormir, así como á veces soñamos que soñamos, hacinando sueños sobre sueños?

Prescindo de los discursos que hacen los pirrónicos contra las impresiones del hábito, de la educacion, de las costumbres, de los paises y de todo lo demas que arrastra á la mayor parte de los hombres que sobre fundamentos vanos pretenden introducir nuevas doctrinas.

El único fuerte de los dogmatistas es, que hablando con sinceridad y buena fe, no se puede dudar de los principios naturales. Nosotros, dicen, conocemos la verdad no por raciocinio solamente,

sino tambien por sentimiento y por una inteligencia viva y luminosa; y de esta manera última es como conocemos los primeros principios. En vano el raciocinio, sin parte alguna en ellos, se esfuerza en combatirlos. Los pirrónicos, que solo tienen esta idea, trabajan sin provecho. Sabemos que no soñamos, sea cual fuere nuestra incapacidad de hacerlo ver por la razon. Esta incapacidad prueba la flaqueza de nuestro entendimiento, y no, como pretenden ellos, la incertidumbre de todos nuestros conocimientos; porque el de los primeros principios de que hay *espacio*, *tiempo*, *movimiento*, *número*, *materia*, es tan firme como no puede serlo ninguno dado por nuestros raciocinios. Sobre estos conocimientos de inteligencia y sentimiento es preciso que la razon se apoye y funde todo su discurso. Yo siento que el espacio tiene tres dimensiones, y que son infinitos los números; y la razon demuestra que no hay en ellos dos cuadrados de los cuales el uno sea el doble del otro. Los principios se sienten; las proposiciones se concluyen; todo por diferentes vías, pero con certidumbre. Ademas, es tan ridículo que la razon demande al sentimiento y á la inteligencia las pruebas de estos primeros principios para consentirlos, como lo seria que la inteligencia pidiera á la razon un sentimiento de todas las proposiciones que demuestra. Se ve, pues, que la incapacidad puede servir para humillar á la razon que pretende formar juicio de todo; mas no para combatir nuestra certeza, como si la razon únicamente fuese capaz de instruirnos. ¡Pluguiese á Dios que sin necesitar de ella jamas, conociésemos todas las cosas por sentimiento y por instinto! Mas habiéndonos rehusado este beneficio la naturaleza que solo nos ha

dado muy pocos conocimientos por tal medio, los demas no pueden adquirirse sino por el de la fuerza del raciocinio.

Ved aquí, pues, la guerra abierta entre los hombres. Precisados todos á tomar partido, es indispensable que cada uno se coloque en las filas del dogmatismo ó del pirronismo; porque siendo la esencia de esta última secta la neutralidad, quien pensase permanecer neutral seria pirrónico por antonomasia: el que no es en su contra es eminentemente á su favor. ¿Qué hará, pues, en tal estado el hombre? Dudará si está despierto, si le causa dolor una espina que se le haya clavado, si le quema el fuego abrasándose en él? ¿Dudará si existe, dudará si duda, dudará, en fin, de todo? No siendo esto posible, doy por hecho que jamas ha habido pirrónico efectivo y perfecto: la naturaleza sostiene á la razon impotente, y le impide extraviarse hasta este punto. ¿Dirá, al contrario, que posée ciertamente la verdad el que por poco que se vea estrechado, sin poder mostrar título alguno se ve en la necesidad de abandonar el campo?

¿A quién, pues, será dado aclarar este embrollo? La naturaleza confunde á los pirrónicos, y á los dogmatistas la razon. Hombres que buscais vuestra verdadera condicion en vuestra razon natural, ¿qué será de vosotros cuando sin poder huir de las dos sectas, en ninguna de ellas podeis permanecer?

Hé aquí lo que es el hombre con relacion á la verdad: considerémosle ahora con respecto á la felicidad, su único fin. En efecto, sean cuales fueren los medios, todos sin excepcion se inclinan exclusivamente á él. Lo que obliga á uno á ir á la guerra, á otro á que no vaya, es en los dos un deseo mis-

mo que se dirige por diferentes vias. Jamas da la voluntad paso alguno si no es á este objeto, móvil de todas las acciones aun de aquellos mismos que se matan y se ahorcan. Mas á pesar de tan grandes esfuerzos despues de tantos siglos, nadie ha llegado á este punto sin la fe: se quejan de no haber podido conseguirlo príncipes y súbditos, nobles y plebeyos, viejos y mozos, fuertes y débiles, doctos é ignorantes, sanos y enfermos: de todos los paises, de todos los tiempos, de todas las condiciones y edades.

Una prueba tan larga, tan continuada y uniforme, debiera ya habernos convencido de la insuficiencia de nuestras fuerzas para llegar al bien; pero no nos instruye el ejemplo. Nunca es tan del todo semejante que no haya una delicada diferencia: de aquí deducimos que nuestra esperanza no será frustrada en esta vez como lo fué en la que precedió; y sin satisfacernos lo presente, burlándonos esa misma esperanza, de desdicha en desdicha nos conduce á la muerte, colmo eterno de todas.

Decaido el hombre de su estado natural, no ha habido cosa alguna á que no haya podido inclinarse. No le ha ofrecido la naturaleza un solo objeto incapaz de ocupar el lugar de su fin y su dicha: le han tenido los astros, los elementos, las plantas, los animales, los insectos, las enfermedades, las guerras, los crímenes, los vicios. Esto no es de extrañar: despues de haber perdido el verdadero bien, puede considerar como tal hasta su misma destruccion, por mas que sea contraria al buen juicio y á la naturaleza.

Unos han buscado la dicha en la autoridad, otros en las curiosidades y en las ciencias, otros final-

mente en los placeres. Estas tres concupiscencias han formado tres sectas; y los llamados filósofos no han hecho en realidad otra cosa que seguir una de ellas. Los que mas se han acercado á la verdad han conocido que siendo el bien universal deseado por todos los hombres, y excitando en todos por lo mismo el mayor interes, no debe consistir en ninguna de las cosas particulares que no puede poseer mas que uno solo, y que si se dividen, afligen mas al poseesor por la falta de aquella parte que no tiene, que le placen por el goce de la que posée. Mas comprendiendo que el verdadero bien debe ser tal que á la vez puedan todos poseerle sin diminucion, sin envidia y sin que nadie le pierda contra su voluntad; en vez de este bien sólido y real que no han podido hallar, han abrazado solo la imágen visionaria de una virtud quimérica.

Nuestro instinto nos hace sentir que es preciso buscar nuestra felicidad en nosotros mismos; mas nuestras pasiones nos echan hácia fuera, sin que sea necesario que los objetos exteriores se presenten á excitarlas; y estos nos llaman de por sí cuando estamos léjos de pensar en ellos. De consiguiente, por mas que digan los filósofos: Entrad en vosotros de nuevo y hallaréis vuestra dicha, no les dan crédito sino los hombres nécios y faltos de buen juicio. Porque á la verdad, ¿hay nada mas ridículo y mas vano que lo que proponen los estóicos, ni nada mas extravagante y mas falso que todos sus discursos? Ellos concluyen que se puede siempre lo que se puede algunas veces; y que si el deseo de la gloria hace ejecutar bien cualquiera cosa á los que estan poseidos de él, de la misma suerte la podrán ejecutar los otros. Estos son movimientos de una fiebre, y no puede imitarlos la salud.

2.°—La guerra interior que la razon sostiene contra las pasiones ha dividido en dos sectas á los que han pretendido disfrutar de la paz. Los unos han querido renunciar á las pasiones y convertirse en dioses; los otros renunciar á la razon y convertirse en béstias. Mas sin poder lograr su fin aquellos ni éstos, la razon, permaneciendo siempre, acusa la injusticia y bajeza de las pasiones, continuamente vivas aun en aquellos mismos que quieren dejarlas, y turba el reposo de los que viven abandonados á ellas.

3.°—Esto es todo lo que puede hacer el hombre por sus propios esfuerzos en órden á la verdad y la dicha. Nos hallamos en una imposibilidad de probar invencible á todo el dogmatismo, y tenemos una idea de la verdad invencible á todo el pirronismo. Deseamos la verdad, y no hallamos en nosotros sino incertidumbre. Buscamos la felicidad, y solo encontramos la miseria. Somos incapaces de no desear la verdad y la ventura, y somos igualmente incapaces de la certeza y de la dicha. Para castigarnos, no ménos que para hacernos conocer y sentir desde donde hemos caído, nos ha quedado este deseo.

4.°—Si el hombre no se hizo para Dios, ¿por qué no es dichoso sino en Dios? Si está hecho para Dios, ¿por qué se manifiesta tan contrario á Dios?

5.°—El hombre ignora la clase en donde se debe colocar. Visiblemente descarriado, siente en sí mismo los restos de un estado feliz de que ha decaido y que no puede recobrar, buscándole con inquietud y sin éxito en medio de tinieblas impene-

trables. He aquí el orígen del combate de los filósofos, unos empeñados en elevar al hombre ostentando sus grandezas, y otros en humillarle representando sus miserias. Lo mas extraño es que cada partido se sirve de las razones del contrario para establecer su opinion; porque la miseria del hombre se concluye de su grandeza, y esta de su miseria. Así es que, los unos, tanto mejor han deducido la miseria, cuanto mas han tomado por pruebas la grandeza; y á su vez los otros la grandeza con tanta mayor fuerza, cuanto que la han sacado de la miseria misma. Siendo la del que cae, en razon de la altura de donde se desprende, todo lo que los unos han podido decir para demostrar la grandeza, solo ha servido de argumento para concluir la miseria los otros, del mismo modo que estos intentando probarla han servido á sus contrarios para que concluyan la grandeza: y como á medida que las luces del hombre son mas claras descubre mas y mas uno y otro, los filósofos excediéndose alternativamente en la carrera de sus indagaciones, no hacen mas que describir un círculo sin fin. En una palabra, el hombre es miserable, pues conoce que lo es; mas conociéndolo, es demasiado grande.

¡Qué quimera, qué rareza, qué cáos, qué objeto de contradiccion presenta el hombre! Juez de todas las cosas, é imbécil gusanillo de la tierra; depositario de la verdad, y cúmulo de incertidumbres; gloria del mundo, y á la vez su ignominia. Engrandeciéndole cuando quiere abatirse y humillándole cuando quiere elevarse, le contradiré sin cesar miéntras no llegue á comprender que es el monstruo mas incomprensible.

ARTICULO II.

Necesidad de estudiar la Religion.

Los que combaten la religion, á lo ménos sepan ántes lo que es. Si esta religion se gloriase de tener una vista clara de Dios, y de poseerle á descubierto y sin velo, seria combatirla el decir que nada se ve en el mundo que lo demuestre con esta evidencia. Mas cuando, al contrario, dice que los hombres se hallan en las tinieblas y desviados de Dios: cuando enséña que él se halla oculto á su conocimiento, y que aun este es el nombre que ha querido darse en la Escritura: cuando, en fin, procura establecer que Dios ha puesto señales sensibles en la Iglesia para manifestarse á los que le buscan con sinceridad, y que, con todo, las ha cubierto de manera que jamas le podrán conocer sino los que le buscan de todo corazon; ¿qué ventaja pretenden sacar los que habiendo profesado el descuido de buscar la verdad, gritan que nada se las muestra, al paso que la misma obscuridad en que se hallan y objetan á la Iglesia estableciendo una de las cosas que sostiene esta Iglesia, sin tocar á la otra, confirma su doctrina bien léjos de arruinarla?

Para combatirla seria menester que gritasen tambien que han agotado sus esfuerzos buscando esta verdad por todas partes, sin exceptuar los medios de que la Iglesia se vale para instruirnos, y todo ha sido inútil. Si hablasen de este modo combatirian una de sus pretensiones. Mas yo espero demostrar que no hay hombre de buen juicio que pueda hablar de esta manera, y aun me atrevo á decir que

hasta ahora ninguno ha hablado asi. Es bastante sabido cómo se conducen los que se hallan animados de este espíritu. Creen que han hecho los mayores esfuerzos para instruirse con haber empleado algunas horas en leer la Escritura y haber preguntado á un eclesiástico cuáles son las verdades de la fe: esto les basta para vanagloriarse de haber indagado sin conseguir el fin consultando los libros y hablando con los hombres.

Ciertamente no puedo dejar de decirles, como lo he hecho otras veces, que es imperdonable su descuido. No se trata aquí de un ligero interes ni de persona extraña; se trata de nosotros mismos, de lo que constituye nuestra esencia. La inmortalidad del alma nos importa tanto y nos toca tan profundamente, que es preciso haber perdido todo sentimiento para permanecer en la indiferencia de saber qué cosa es. Todos nuestros pensamientos y todas nuestras acciones deben tomar caminos tan diversos segun haya ó no bienes eternos que esperar, que es imposible dar un paso arreglado al buen juicio sin fijar nuestra vista en este punto á que principalmente debemos dirigirnos.

De consiguiente, nuestro mayor interes, nuestro primer deber es el de instruirnos sobre un negocio de tan grave importancia, que debe ser en todo la norma de nuestra conducta. Por esta razon, entre los no convictos hallo una extrema diferencia de los que para conseguirlo trabajan con todas sus fuerzas, á los que viven sin ocuparse aun de pensarlo.

Solo pueden inspirarme compasion los que sinceramente gimen en tan triste duda, considerándola como la última de sus desgracias, cuando sin

omitir esfuerzo alguno para salir de ella hacen de este exámen su mas principal y séria ocupacion. Pero aquellos que pasan su vida sin pensar en su término, y que por la única razon de no hallar en sí mismos luces que los persuadan, en vez de adquirirlas de otra parte se descuidan de examinar á fondo si esta opinion es de las que el pueblo recibe por una simplicidad crédula, ó al contrario, es de aquellas que aunque obscuras tienen sin embargo un fundamento muy sólido; estos hombres me obligan á considerarlos de un modo del todo diferente. Semejante abandono en un negocio en que se trata de ellos mismos, de su eternidad, de su todo, me asombra, me espanta, para mí es un monstruo, y me irrita en vez de enternecerme. No digo esto movido del zelo piadoso de una devocion espiritual; pretendo hacer ver que el amor propio, el interes humano, la mas escasa luz de la razon debe producir en nosotros estos sentimientos. No es menester para ello ver mas que lo que ven las personas ménos ilustradas.

Por poca que sea la elevacion del alma, es suficiente para conocer que en este mundo no hay satisfaccion verdadera ni sólida; que no son mas que vanidad todos nuestros placeres; que son infinitos nuestros males; y en fin, que la muerte que nos amenaza á cada instante, debe ponernos dentro de pocos años, cuando no en breves dias, en un estado eterno de felicidad ó de desdicha, ó de anonadamiento. Entre nosotros y el cielo, el infierno ó la nada, no hay pues, mas que la vida, lo mas frágil del mundo: y ciertamente no siendo el cielo para aquellos que dudan si su alma es inmortal, solo pueden esperar el infierno ó la nada.

Nada hay mas seguro ni mas terrible que esto. Sean cuales fueren nuestras fanfarronadas y bravatas, no es otro el fin de la vida mas feliz del mundo.

Inútilmente procuran alejar su pensamiento de esa eternidad que los aguarda, como si les fuese posible anonadarla con no pensar en ella. Subsiste á pesar suyo, se adelanta; y la muerte que se las debe presentar dentro de breve, los pondrá infaliblemente en la necesidad espantosa de ser para siempre anonadados ó infelices.

Siendo, como es, una duda de tan terrible importancia el mal mas grave, es en consecuencia un deber indispensable el no omitir para su aclaracion esfuerzo alguno. Quien duda y no investiga, es á la vez bien desgraciado y bien injusto. No sé como calificar á aquel que vive tranquilo y satisfecho en tan lamentable abandono, y mucho ménos al que haciendo ostentacion de profesarle, hace consistir en él su gloria y su alegria: á tan extravagante criatura no hallo nombre que darle.

Pero tales sentimientos, ¿de dónde es posible adquirirlos? ¿Qué motivo de vanidad y de gozo se encuentra en no esperar sino miserias sin recurso en medio de una obscuridad impenetrable? ¿Hay algun consuelo en la desesperacion de obtenerle?

Es sin duda una monstruosidad el reposo en una ignorancia tan funesta. Mas para hacer sentir su estupidez y extravagancia á los hombres que dejan correr de este modo su vida, desde luego debe representárseles lo que pasa dentro de ellos mismos, porque para obligarlos á raciocinar cuando prefieren ignorar á saber lo que son, es preciso ponerles delante su locura, y confundirlos.

Yo no sé quién me ha puesto en el mundo, qué

cosa es este mundo, y mucho ménos lo que soy yo mismo. Me hallo en una ignorancia terrible sobre todas las cosas. No sé qué es mi, cuerpo, mis sentidos, mi alma; y aun esta parte de mí, que piensa sobre lo que digo y reflexiona sobre todo, así como no conoce lo demas tampoco se conoce á sí misma. Tiendo mi vista sobre el universo, y la pierdo al recorrer esos inmensos espacios que me cercan. Colocado en una extremidad de tan vasta extension, ignoro igualmente por qué me encuentro en ella y no en otro lugar; y por qué el corto tiempo que se me ha concedido de vida debe ser en este punto, y no en otro, de esa eternidad que me precede ó de la que me sigue. No veo por todas partes sino infinidades que me absorben como un átomo, como una sombra que dura un instante y ya no vuelve. Todo lo que conozco es, que debo morir dentro de breve sin poder evitarlo; pero lo que ignoro mas que nada es, cuando llegará esta muerte, y qué debe seguirla.

Así como no sé de donde vengo, de la misma suerte ignoro á donde voy; y aunque no dudo que al salir de este mundo caeré para siempre en la nada ó en las manos de un Dios irritado, tampoco sé cuál me tocará de estas dos suertes.

Hé aquí mi estado lleno de miseria, de flaqueza, de obscuridad. De todo esto concluyo que sin pensar, sin reflexionar ni inquietarme jamas por lo que me ha de suceder, debo seguir adelante mis inclinaciones haciendo cuanto puede hundirme en la desdicha eterna, si es cierto lo que oigo decir de ella. Acaso encontraria en mis dudas alguna aclaracion; pero en vez de dar paso ninguno para conseguirlo, mirando con desprecio á los que se ocu-

pan de un trabajo como este, quiero vivir sin prevencion y aventurarme sin temor á tan terrible prueba: quiero caminar al sepulcro dulcemente incierto de mi suerte futura.

Cubren de honor y gloria á la religion unos enemigos tan desrazonables como estos: su oposicion, léjos de serle peligrosa, contribuye á establecer con mas firmeza las verdades que enseña. La fe cristiana no se dirige principalmente sino á sentar dos cosas, á saber, la corrupcion de la naturaleza, y la redencion de Jesucristo: y así, cuando sus enemigos no sirvan para demostrar esta por la santidad de sus costumbres, cuando ménos prueban aquella admirablemente por sus sentimientos desnaturalizados.

No habiendo para el hombre nada tan importante como su condicion, ni tan temible como la eternidad, es contranatural su indiferencia á la pérdida de su propio ser y al peligro de una eternidad de miseria. Enteramente distinto para con todo lo demas, teme las cosas mas pequeñas, las siente, las preve. Mas el mismo hombre que por una parte pasa noches y dias desesperado y rabioso si ha perdido un empleo, ó considera ofendido su honor, por otra permanece sin conmoverse ni turbarse sabiendo que va á perderlo todo por la muerte. En un corazon tan sensible á las cosas mas ligeras y frívolas, pasma el ver una insensibilidad tan extraña respecto de las mas sérias y tremendas: este es un encanto incomprensible, un adormecimiento sobrenatural.

Si á un hombre que está en un calabozo sin saber si su sentencia se ha pronunciado ó no, se le concede para que lo sepa una sola hora y durante ella el poder de hacerla revocar si ya está dada; es

contranatural que olvidado de esta averiguacion emplée solo en jugar y divertirse un tiempo tan precioso. Pues tal es el estado en que se hallan los hombres, con la diferencia de que los males que los amenazan son bien distintos de la pérdida simple de la vida en un suplicio como el que este preso pudiera temer. Sin embargo, poniéndose cualquier venda á los ojos y burlándose de cuantos les advierten el peligro, corren á él descuidados.

Sé ve, pues, que la religion resulta probada no solo por el celo de aquellos que buscan á Dios; lo está igualmente por la ceguedad de los que sin buscarle pasan su vida en tan horrible negligencia. Mas es preciso que haya un singular trastorno en la naturaleza para vivir en este estado, y todavía mayor para vanagloriarse de él; porque si aun cuando estuviesen seguros de no haber que temer descendiendo al sepulcro sino el caer en la nada, este seria un motivo de desesperacion mas que de vanidad; ¿no es una locura inconcebible estando inciertos hacer ostentacion de semejante duda?

Con todo, no cabe la menor en que el hombre se ha desnaturalizado de tal suerte, que hay en esto una semilla de alegría en su corazon. Parece tan bello el reposo brutal entre el temor del infierno y de la nada, que no solo quienes se hallan realmente en tan infeliz duda se vanaglorían de ella; la experiencia hace ver que aun es mayor el número de los que no teniéndola creen honroso fingirla. Oyendo decir éstos que los modales de la gente de forma consisten en hacer el papel de arrebatado, se desfiguran y aparentan solo por imitarla; lo que llaman sacudir el yugo.

Mas si todavía les ha quedado algun resto de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

discernimiento, no es dificil hacerles conocer cuánto se engañan en buscar la estimacion por semejante medio. No es este el de adquirirla entre los que juzgando sanamente de las cosas, saben que el verdadero es ser honesto, fiel, juicioso y capaz de servir con provecho á sus amigos, pues los hombres no aman naturalmente sino aquello que puede serles provechoso. ¿Qué utilidad sacamos de oir decir á uno que ha sacudido el yugo, que no crée que haya un Dios vigilante sobre sus acciones, y que considerándose dueño exclusivo de su conducta solo piensa en darse á sí mismo cuenta de ella? ¿Crée habernos inclinado de este modo á tener en lo sucesivo una confianza grande en él, á esperar sus consuelos, consejos y socorros en todas las necesidades de la vida? ¿Puéde figurárse habernos complacido mucho con decirnos en tono orgulloso y contento que duda si nuestra alma no es mas que un poco de viento y de humo? ¿Deberá decirse esto alegremente, y no al contrario, tristemente, como lo mas triste que puede ofrecernos el mundo?

Si tales hombres se detuviesen á pensar sobre su porte, al ver hasta qué punto es fuera de camino, contrario al buen sentido, opuesto á la honradez, y distante por todos aspectos de esa bella traza que buscan; se convencerían de que nada hay mas apropósito para atraerse el menosprecio y el ódio, y para ser tenidos por faltos de discernimiento y de juicio. Y en efecto, estrechados á manifestar sus principios y las razones en que fundan sus dudas sobre la religion, dicen cosas tan fútiles y tan despreciables, que cuando sirven, es únicamente para persuadir lo contrario. Así es que en una ocasion de estas, cierta persona con mucha gracia les decia:

„Me convertiréis á las mil maravillas si seguis discurriendo de ese modo." Tenia razon sin duda; porque ¿cómo es posible ceder á las que sirven de fundamento á éstos hombres, ni vencer la repugnancia de verse uniformado en opinion con ellos?

Son, pues, bien desgraciados los que para fingirlo se hacen los mas impertinentes. Si en el fondo de su corazon estan apesarados de no tener mas luz, que no lo disimulen: esta declaracion no será vergonzosa: no hay vergüenza sino en no avergonzarse. Nada descubre mas una extraña debilidad de espíritu, que no conocer cuál es la desdicha de un hombre sin Dios; nada señala mas una extremada ruindad de corazon, que no desear la verdad de sus promesas; nada es mas cobarde que pretender echarla de valiente con él. Dejen, pues, tan grandes impiedades á los bastante mal nacidos para ser en realidad capaces de ellas: si no pueden todavía ser cristianos, sean hombres honrados á lo ménos, y confiesen por fin que solo hay dos clases de personas que pueden llamarse racionales: los que sirven á Dios de todo corazon porque le conocen, y los que de todo corazon le buscan para conocerle.

Es justo trabajar á favor de éstos para ayudarles á encontrar la luz de que carecen cuando reconociendo su miseria desean verdaderamente salir de ella, y con sinceridad buscan á Dios.

Los que viven sin conocerle ni buscarle, se tienen ellos mismos por tan poco dignos de su cuidado que, léjos de serlo del nuestro, es menester toda la caridad de la religion que menosprecian, para no despreciarlos y abandonarlos enteramente á su demencia. Mas como esta religion nos obliga no solo á considerar que miéntras vivan son capa-

ces de la gracia que puede iluminarlos, sino tambien á creer que en un momento pueden llegar á excedernos en la fe al paso que nosotros podemos caer en la ceguedad en que estan ellos; es preciso hacer á su favor lo mismo que nosotros en su lugar quisiéramos que se hiciese al nuestro, llamándolos á tener compasion de sí mismos y haciéndoles dar algunos pasos, por lo ménos, en busca de la luz. Si quisiesen dedicar á la lectura de este escrito una parte de esas horas que tan inútilmente emplean en otras, acaso no perderian el tiempo. Los que le recorran con una sinceridad perfecta y un deseo positivo de conocer la verdad, espero que se convencerán con placer de las pruebas que reune y hacen tan evidente la religion divina.

ARTICULO III.

Aun cuando fuese difícil demostrar la existencia de Dios por las luces naturales, lo mas seguro seria créerla. (1).

1°.—I. Hablemos segun las luces naturales. Si hay un Dios, es infinitamente incomprensible; pues

(1). Este artículo en todas las ediciones, excepto la de 1787, se titula: *Es difícil demostrar la existencia de Dios por las luces naturales; pero lo mas seguro es créerla.* Semejante título anuncia una proposicion afirmativa que no puede suponerse en el autor de los Pensamientos. Conociendo perfectamente esto el editor de 1787, no ha visto en los primeros párrafos de este artículo, sino una série de objeciones que Pascal hace decir á un incrédulo para contestarlas victoriosamente. En consecuencia he adoptado la forma de un diálogo regular que me ha parecido evidente ser el fin del autor, y justifica el título que he puesto á la cabeza de este artículo, distinguiendo en él por las iniciales I. y P., incrédulo y Pascal. (*Nota del Editor de* 1821.)

no teniendo partes ni límites, sin relacion alguna con nosotros no somos capaces de saber si existe, ni conocer lo que es. Siendo esto así, ¿quién osará resolver la cuestion? Nosotros, sin relacion con él, no podemos hacerlo.

2°.—P. No emprenderé probar aquí por razones naturales la existencia de Dios, la Trinidad, la inmortalidad del alma ni cosa alguna semejante, no solo por no considerarme con fuerzas suficientes para hallar en la naturaleza con que poder convencer á los ateos endurecidos, (1) sino tambien porque sin Jesucristo este conocimiento es estéril é inútil. Aun cuando un hombre estuviese persuadido de que las proporciones de los números son verdades inmateriales, eternas y dependientes de una verdad primera en que subsisten y que se llama *Dios*, no me parecería muy adelantado en el negocio de su salvacion.

3.°—I. Es cosa admirable que ningun autor cánonico, al contrario de cuantos los siguieron, se haya valido nunca de la naturaleza para probar la existencia de Dios: propendieron á hacerla creer todos aquellos; pero jamas dijeron: „No hay vacío, luego hay un Dios." Era preciso que fuesen mas sábios que los mas sábios de los posteriores.

P. Si es una muestra de debilidad el probar la existencia de Dios por la naturaleza, no menospreciéis la Escritura: si lo es de fuerza el haber cono-

(1). No quiere decir esto que Pascal no advirtiese en la naturaleza pruebas convincentes de la existencia de Dios, ni que dejase de conocer toda su fuerza. (Part. I.ª art. 4.° §. XI.) Habla solo del endurecimiento de los ateos, capaz de resistir á la fuerza de estas pruebas. (*Ed. de* 1821.)